

Managua, hermana de Pompeya

Alrededor del año mil, se agita toda Mesoamérica en numerosas y encontradas migraciones. Una alta cultura en desarrollo -con influencias del norte y del sur- entra a la futura Nicaragua y rechaza o incorpora las viejas poblaciones arcaicas que encuentra en su territorio de tal modo que, cuando llegan los españoles, se considera a los hombres y tribus de esta cultura -conocidos como chorotegas, de lengua mangué- "como los señores antiguos y gente natural de es-as tierras". Para Oviedo ellos son "los naturales".

Managua: su principal poblado es una de las ciudades lineales más larga del Continente, una procesión de veinte leguas de casas en las riberas de su hermoso Lago. Oviedo le calcula a esta ciudad de casas y plazas en fila, "como sogas al luengo de la laguna": cuarenta mil habitantes. (Una Nueva York para aquellas fechas.) Los moradores eran hábiles artistas del barro y de la piedra. Sus esculturas apresan una obsesiva dualidad: la figura humana unida o soportando el cuerpo de su alterego (generalmente una serpiente, un águila o un felino), mientras ellos mismos son mansos pescadores de sardinas, pero sus caciques se glorían de poner, al primer grito de guerra, "diez mil indios de arco y flecha".

Ya desde entonces se perfila la política venidera: en casi todos los conflictos aparecerá, al primer grito, el perturbador militarismo de esos diez mil flecheros. Y un día el horóscopo marcará el signo de la sardina y otro día el de la flecha. ¡Extraño destino!

Esa larga sogas de ciudad está tazada por el Lago y sus dulces olas, pero también es una trinchera que corta el paso a las tribus emigrantes que pasan por el estrecho corredor nicaragüense: a las que vienen del norte hacia el sur con ojos mongoles; y a las que vienen del sur, a veces del sur con ojos polinesios, a veces con ojos chib-

chas. A unas las empuja la aventura. A las otras (a las que vuelven el rostro hacia atrás) la nostalgia. Y así se crean las civilizaciones...

Ese paso migratorio marca al hombre de Managua. No será nunca el hombre que se encierra en la caverna, sino más bien un corazón mediterráneo tentado por las lontananzas.

Ver pasar al extranjero, detenerlo a flechazos o darle libre tránsito después de ásperos diálogos, siembra una curiosidad que irá en aumento con los siglos, una inquietud de rostro en la ventana, un primitivo cosmopolitismo con su secuela de burla, de engreída superioridad, cuando no de exotismos.

Pero Managua -futuro centro del país- encierra un conflicto mayor. En uno de sus barrios a la orilla del Lago, llamado Acahualinca, los arqueólogos descubrirán unas huellas humanas sobre el fango, endurecido por una inmediata lluvia de ceniza volcánica. Son las huellas de unas tribus que huyen -hace 10 mil años- de una erupción.

Las más antiguas huellas del hombre en Nicaragua se graban en Managua y dan testimonio de lo que Darío llamó la "armonía áspera": la imposible armonía de lagos y volcanes. ¿Cuántas veces se habrá repetido esta escena? El poeta que escribe este tembloroso retrato urbano ha visto, en lo que lleva de vida, morder el polvo dos veces a su ciudad natal: en marzo de 1931 y en diciembre de 1972.

Pero un terremoto afecta también a esa torre que crece, que es la biografía del hombre, forzándolo a una especie de vuelta a la infancia. La "Babel del Yo" cae por tierra y se borran citas, los sitios que sostienen sus recuerdos. Todo se acaba y comienza otra vez en cero. El "lugar", que es la extensión de nuestra piel -nuestro contorno social- se hace polvo y tiene que ir rehaciendo su nueva fisonomía. Quedas a so-



Huellas de Acahualinca

las con tu palabra. Sólo con tu palabra... tal vez por eso esta es una tierra de poetas. Lo único que se sostiene en ella es la palabra.

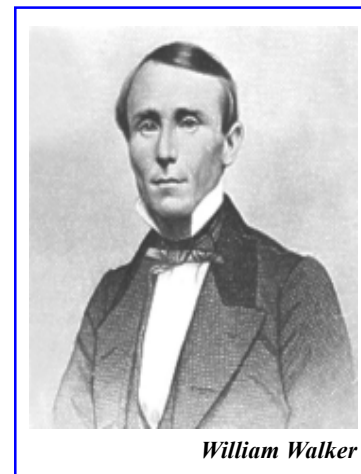
La geología nos ha formado entre dos tentaciones: la del poeta, que valora la palabra y es sobrio con ella. Y la del retórico, que la dilapida. Por eso alguien ha dicho que posiblemente el culpable de Rubén Darío es el Momotombo. Y alguien ha replicado: también del Güegüense (un personaje de teatro colonial, dicharachero, burlador y jugador de palabras...)

Durante los siglos de historia virreinal, la pescadora de sardinas siguió fiel al Lago. Y dice Vásquez de Espinoza nuestro primer geógrafo (1623)- que la ciudad es experta en "xarcia para navíos" y que viven en ella muchos españoles y tienen tambos o ventas de mercaderes "que llaman quebrantagüesos o mercachifles que venden entre los indios ropa de la tierra y de España, sombreros, cuchillos y otras menudencias".

Pero después de la Independencia se encendieron las pasiones locales y rivalidades entre las dos ciudades principales: León, la Metrópoli, y Granada, la pretendiente a Capital. León: la tradición, y Granada: la aventura. La rivalidad significó sangrientas guerras civiles, hasta que un gobernante de buen pensamiento político -pero enteramente ignorante de la geología- don Fulgencio Vega, decretó en 1852 que Santiago de Managua (villa elevada a rango de ciudad apenas seis años antes), fuera el fiel de la balanza de nuestros antagonismos como nueva Capital de la República.

Mirando Managua desde las sierras que la rodean por el oeste, contemplando la ondulación armoniosa de la península de Chiltepe, y en fondo del Lago color col, el Momotombo y el Momotombito -logotipos de la ciudad-; recorriendo con la mirada su corona de lagunas (con todos los matices

del azul: Tiscapa, Asososca, Xiloá y Apoyeque), no cabe duda que el ojo de don Fulgencio Vega es un ojo de pintor. Es el caso de ciudad Capital más bello de América. Pero - ¡ay- aquí el nicaragüense aprendió a conocer "la amenaza oculta de la belleza", "la traidora apariencia", como dice el poema: debajo del vasto lago, como debajo de cada maravillosa laguna "el gran caimán dormita". ¡Toda esa belleza es obra de una naturaleza cuya colosal fuerza creadora no se rige por las medidas humanas!...



William Walker

Managua ha tenido así una historia vacilante entre el Terror y la Utopía. Después de una victoriosa guerra nacional contra un filibustero yanqui -William Walker, que quiso proclamarse "emperador esclavista" como en un drama de O'Neill-; sus primeros 30 años fueron de una increíble democracia progresista: se fundaron Ferrocarriles, Museos, Biblioteca Nacional, Telégrafos, Teléfonos, Educación Pública. Los europeos, siempre eurocéntricos, la llamaron "La Suiza Centroamericana": una Suiza que se ahogaba en calor uniformada con severos trajes ingleses. Epoca de transatlánticos. De tarjetas postales, de granadinos y leoneses educándose en París o Londres, y una hamaca colgada entre dos tiempos: el apresurado del meridiano de Greenwich; y el pausado y tranquilo del indio en cuyo ignoto meridiano se posan los pájaros.

Continuará...



Vista parcial desde el imabite del imponente Momotombo.